— ¡Cuando digo que es una verdadera alhaja ese piel de carnero! exclamó fray Bruno.

— La señorita se salvaria, repuso Juanillo, que es lo principal.

Reina y el mismo Maurever quisieron oponerse á aquel disfraz. Pero se contuvieron porque Aubry hizo una seña.

Todas las muchachas, con Simoneta á la cabeza (aunque esta tenia los ojos preñados de lágrimas), se apoderaron de Reina. Juanillo saltó al opuesto lado del muro.

Un momento despues volvió Reina vestida con la piel de carnero.

En cuanto á Juanillo, llevaba puesto el traje de la Hada de las playas, y estaba lindo como un amorcillo, segun decian todas las muchachas.

Se arregló el velo de blonda sobre los rubios cabellos, echó un beso á Simoneta, quien reia y lloraba á un tiempo, y fué el primero que salió del recinto para entrar en la playa.

IV.

La niebla.

Eran próximamente las siete de la mañana cuando la marea permitió que se pusiesen en camino.

Esa niebla de las playas forma una capa muy poco profunda y que con frecuencia no suele tener el doble de la altura de un hombre.

Por lo general, cuando menos espesor tiene la capa, la niebla es mas densa y mas impenetrable á las miradas.

Hemos mostrado al principio de esta relacion al Monte San Miguel bogando cual gigantesca nave en medio de ese mar de vapor. Hemos visto la niebla redondeando sus olas de algodon, balanceando sus surcos muy marcados, y dejando al radiante sol de junio, que doraba la cumbre del Monte, todo su brillo deslumbrador.

En la primavera y en el otoño, este aspecto, que detiene al viajero sorprendido, suele representarse con frecuencia.

Las gentes del pais, hastiadas ya de estas maravillas, tienden de paso una mirada distraida al paisaje prodigioso.

Lo que les ocupa, y con razon, es el fondo de aquel océano de niebla.

En efecto, de todos los peligros de la playa, este es el mas terrible.

La niebla de las playas es bastante compacta para formar en torno del hombre que anda una especie de barrera movediza, que apenas tiene la trasparencia de un vidrio esmerilado. Figuraos á un desgraciado, vagando entre esas arenas, en las que no hay camino alguno trazado, con una venda en los ojos, una máscara que deja pasar los rayos luminosos, pero que los dispersa, confunde y enreda, como haria un denso y tripe velo de muselina.

Se ve que las mas veces la luz es viva é hiere los ojos, porque está repercutida hasta lo infinito por las moléculas blanquecinas de la niebla. Pero esa sensacion de la vista es vana. Se percibe el vacío brillante, la nada iluminada.

No se ven objetos. Toda forma se ahoga en aquel espacio blando y nebuloso.

Por lo demás, hemos dicho la palabra que conviene, y ninguna otra comparacion puede describir con mas precision la realidad. Acercad los ojos á un vidrio esmerilado, y mirad hácia fuera á la luz del dia. Quedareis deslumbrados sin ver cosa alguna.

Por la noche, la escasa luz que baja del firmamento basta siempre para guiar los pasos. Entre la niebla nada guia, absolutamente nada, y el vértigo va nadando en aquella blanca pluma, que provoca y cansa los párpados.

Por la noche, el sonido se propaga con gran claridad. Ahora bien, cuando falta la vista, en rigor puede sustituirla el oido.

En la niebla el sonido se extravia, ahoga y muere.

Es una cosa inerte y pesada que amortigua la elasticidad del aire; es una cosa terrible como esa tela, blanca tambien, que llaman sudario.

En tal caso, hasta el mismo valor tiene el convencimiento de

su impotencia. Se coagula la sangre, cede la fuerza, y queda el hombre á la vez sumergido y fascinado.

Los que se han librado de esa muerte terrible refieren cosas singulares. Dicen que el sonido de la campana del Monte, tocando para que se dé auxilio, llega algunas veces de improviso al oido, y hace estremecer al que está agonizando. Vibra de un modo lastimero, y el oido sorprendido cree escucharla saliendo de las profundidades de aquellos arenales.

Luego se calla la campana y sucede el silencio á sus tristes tañidos. Despues, de improviso, la arena que se ha tornado sonora como por encanto, lleva el ruido de la marea que sube.

¡Oh! ¡qué de prisa anda el mar!..... ¡El mar es la muerte!..... ¡Cómo corre invisible allá bajo!..... ¿Por qué parte? No se sabe ¿Esta cerca ó léjos? ¡Se ignora!

Pero corre, se alza, llega.....

Está allí oculto detrás de lo desconocido, en el fondo de ese espacio misterioso y velado. Se le oye acercarse, bramar.

¡Oh! ¡qué de prisa llega!

¿No es ya el mar ese frio que hiela los piés?.....

No se sabe, lo repito, no se sabe. Porque la sangre se ha precipitado al cerebro, y la fiebre tiembla y luego abrasa.

Y esa soledad lúgubre, esa niebla sombría, van á poblarse de locas visiones.

¡Escuchad! ¡Ya no es el mar! ¡Cantan las vísperas en la parroquia amada! Todos están allí, los parientes, los amigos.

Detrás de un pilar de la nave de la Iglesia está arrodillada y orando la mujer preferida.

¡Tierna jóven! ¡Dios te dé ventura! ¿No ha vuelto su trigueño rostro rodeado de encajes normandos para lanzar á hurtadillas una mirada á su prometido?

¡Una sola mirada! porque dos distracciones anulan una oracion.

¡Pero no son vísperas!..... ¡no! La muchacha tiene flor azahar en la frente. ¿Se lleva una corona de azahar en otro dia que no sea el de la boda?

¡Cómo! ¡es la misa de boda! ¡el padre con su blanca cabellera, la madre que tiene los ojos llenos de lágrimas de felicidad!

Y la traviesa hermanita, la muchacha de los ojos maliciosos.

Algun dia te casarás tú tambien, hermanita.

—Gracias, amigos mios; sí..... estoy muy contento, sí, mi novia es muy hermosa. ¡Gracias, Pedro! ¡gracias, Renato! ¡Oh! puesto que se ha concluido la misa, vamos á la mesa y bebamos á la salud de mi mujer.

Esta se halla conmovida, teñidas sus mejillas de suave rubor, y oculta la frente en el pecho de su madre. Esas angustias deliciosas solo una vez se sienten en la vida. Una sola vez en la vida se lleva la corona de azahar.

Ruborízate, ¡casta doncella! y sonrie entre tus lágrimas.

¡Oh! pero la mesa oscila y se cae. ¿Dónde están los alegres convidados? ¿Dónde está la desposada? ¿Dónde Pedro, Renato, el padre con su blanca cabellera, la madre llorando y riendo, y Rosa, la hermanita de los avispados ojos?

No se vé mas que la niebla gris, silenciosa, lívida.

—¡Socorro! ¡Dios mio! ¡Socorro!

¡Ay Dios! la voz cae al suelo sin eco alguno. Nadie la oye. Es la última hora, el momento supremo.

Hay en la niebla carcajadas lejanas á las que contestan lastimosos gemidos.

La arena hinchada lanza esos suspiros singulares que parecen el llamamiento de las víctimas de ayer á la víctima de hoy.

¿Y no veis aquí, aquí mismo, á esos bailarines pálidos que conducen en torno del moribundo su insensata rueda?

CAPILLA ALFONSINA

Van con los brazos enlazados, la cabellera al viento, andrajos de sudario que flotan y los ojos hundidos y vacíos.

—¡Socorro! ¡Dios mio! ¡Socorro!

¡Nadie llega! el mar sube.... ó bien el remolino de blanda arena movediza cede lentamente bajo los piés.

Muy pocos son los que cuentan ese sueño del desgraciado perdido entre la niebla.

Muy pocos han vuelto para decir lo que inventa la fiebre en aquel momento supremo!

. . . . . .

Los fugitivos de la aldea de San Juan, que habian pasado la noche en Tombelene, ni siquiera debian haber vacilado para huir, porque era muy probable que Meloir y sus soldados aprovechasen la niebla para renovar su ataque.

Ahora bien, la parte de la roca en que Bruno y su pequeño ejército se habian defendido tan valerosamente, salia casi entera de la niebla que la rodeaba cual un ancho cinturon. Esta vez de seguro los sitiadores habrian atacado, porque hubieran permanecido invisibles.

Por el contrario, lanzándose resueltamente á la playa los sitiados, quienes en su mayor parte conocian las corrientes de agua y los secretos de los arenales, no tenian contra sí mas que la niebla. Esta, segun todas las probabilidades, habia de protegerlos contra la persecucion de sus enemigos.

El camino mas seguro, respecto de los peligros de la persecucion, hubiera sido el que conduce directamente á Avranches y á la aldea de Genest.

Pero esta parte de la playa, surcada por innumerables arroyos afluentes del Sée y del Hordee, presenta dificultades tan graves que aun cuando hace sol se aventura el caminante en ella con pesar. Habiendo niebla hubiera sido una locura.

Juanillo, que por su propia autoridad y con fundamento ha-

bia tomado el empleo de guia, caminó sin vacilar al Este del Monte San Miguel, en direccion á la aldea de Ardevon, límite extremo de la Normandía.

Nos vemos obligados á confesar que Juanillo tenia las piernas un poco largas para el vestido de Reina, y que sus movimientos audaces y desembarazados no cuadraban mucho mejor al casto velo que cubria su rubia cabellera.

Pero prescindiendo de estos pormenores, Juanillo hacia una Hada de las Playas muy pasadera. Y además, no es malo que una hada tenga en su persona alguna cosa escéntrica. No mereceria la pena de tener algun encanto en los dedos de la mano, y de cabalgar en los rayos de la luna, si se pareciese faccion por faccion á una señorita de buena familia.

Juanillo tenia hermosos cabellos rizos, ojos azules y grandes, y una sonrisa maliciosa. Esto era mucho mas de lo que se necesitaba.

Aunque nada de esto hubiera tenido, en aquel momento la niebla era muy suficiente para encubrir el disfraz.

Era una verdadera niebla. Una de esas nieblas en que no *se vé la nariz*, como dicen entre Avranches y Cherrueix.

Los que componian la caravana, apenas hubieron abandonado la cumbre de Tombelene para entrar en aquella nube inmensa, cuando en el mismo momento cesaron de verse unos á otros, y sin embargo marchaban muy unidos. Cada uno de ellos podia oir el paso de su vecino, y sentir su aliento. Pero desde entonces la vista era para todos un órgano inútil.

Nada se distinguia. Para ver el suelo vagamente, y como al través de una gasa, era preciso arrodillarse.

Fray Bruno extendió su brazo derecho, y su mano desapareció entre la niebla.

—¡Vamos! dijo, esto está bueno, y me recuerda la aventura del Bailío de Carolles y de su asno. Ambos se buscaban entre la

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

niebla, al rededor de la piedra de Bebray, delante de Champeaux. El asno y el Bailío dieron setenta y ocho vueltas en torno de la piedra, hasta que al señor Bailío le ocurrió la excelente idea de rebuznar.

—¡Silencio! dijo la austera voz de Maurever.

—¡Jesucristo! ¡ya me callo! ¡ya me callo! replicó el lego. Me parece que no soy un charlatan.

Y añadió inclinándose al oido de un mozo:

—Adivinad lo que contestó el asno.

Pero el mozo no tenia gana de reir.

—Nos acercamos al rio, dijo en aquel momento Juanillo. Cogeos de las manos y no os solteis.

Las manos se buscaron y se reunieron á la aventura.

Apenas hacia diez minutos que habian salido de la roca, y ya estaban invertidas las filas. Se vieron obligados á hablar para conocerse unos á otros.

Hé aquí en qué forma caminaba la caravana:

Detrás de Juanillo, que iba á la cabeza con su palo de asta de buey, marchaban Hue de Maurever y Aubry de Kergariou, escoltando á Reina.

Detrás de este grupo iban los Priol, Simon, Francisca, Simoneta y Julian, que llevaba su ballesta al hombro.

Luego seguian las muchachas, y la retaguardia la formaban los mozos con fray Bruno, quien se habia quedado allí con la esperanza de contar, cuando llegase la ocasion, alguna buena aventura; pero su esperanza quedó cruelmente frustrada, porque el silencio era de rigor.

La caravana caminó en este órden durante un cuarto de hora próximamente.

Al cabo de este tiempo, todos sintieron agua bajo los piés, al paso que se oyó sobre la arena un ruido sordo.

—¡Los hombres de armas! dijo Juanillo en voz baja. ¡Alto!

Todos se detuvieron, y hubo un momento de terrible ansiedad, porque se estaba realmente jugando un *albur*. Los hombres de armas podian pasar á la derecha ó á la izquierda de la caravana, así como tambien podian caer de lleno sobre ella sin saberlo.

La reducida tropa de los fugitivos se mantenia inmóvil y silenciosa.

Los caballos se acercaban.

Muy luego se oyó la voz de Meloir que decia:

—¡Clavad la espuela, hijos mios, clavad la espuela! Esta niebla nos va á procurar una buena ocasion, y ahora vamos á tomar nuestra revancha.

—Excepto Reina, vuestra señora, y el traidor Maurever, á quien llevaremos á Nantes atado de piés y manos, es preciso que no quede ni uno solo para ver el sol del Mediodía.

Reina temblaba.

Las muchachas de la aldea de San Juan se estrechaban unas contra otras.

Fray Bruno castañeteó los dedos de su mano derecha, y murmuró:

—Esto me hace recordar mas de una historia; pero ¡silencio! que tiempo habrá para todo. Cuando hayan pasado, podrá uno soltar su pobre lengua.

—Vamos, Beltran, gritaba Meloir entretanto, suelta tus lebreles para que vayan á olfatear entre la niebla, y ¡quién sabe lo que encontrarán!

Aubry estrechó la mano de Maurever y desenvainó su espada.

Cada cual creyó que habia llegado la hora de morir.

Belissan contestó:

—Haré lo que quereis, señor caballero; pero, lléveme el diablo si los perros tienen olfato con este tiempo. Pasarian á diez pasos de un hombre ó de una zorra sin sospecharlo.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

La cabalgata pasó tan cerca, que cada uno de los fugitivos creyó sentir la corriente de aire que producia en su carrera, y aun fray Bruno afirmó que habia visto deslizarse un caballero entre la niebla. ¡Pero le gustaba tanto á fray Bruno el hablar!.....

Todos contuvieron su aliento.

—¡Hola! gritó Meloir, este es el rio. Dentro de diez minutos estaremos en Tombelene..... Pero yo creo que he oido algo..... exclamó interrumpiéndose de improviso.

La cabalgata se detuvo á veinte pasos de los fugitivos.

Fray Bruno esgrimió á Josefina, su linda maza de armas, que habia tenido muy bien cuidado de no dejar en el fuerte.

—Es uno de mis lebreles, dijo Belissan. Ya no tengo mas que once atados. ¡Oh! ¡oh! ¡Noirot! ¡oh!

Le contestó una especie de gemido.

—¡Oh! ¡oh! ¡Noirot! ¡oh! volvió á gritar el montero.

Esta vez no obtuvo respuesta alguna.

—Si nos quedamos aquí, repuso Meloir, nos vamos á enterrar en la arena. Los piés de mi caballo se hunden ya mas de tres pulgadas..... ¡Adelante!

La cabalgata volvió á arrancar al galope.

La gente de nuestra reducida caravana se hallaba absolutamente en la misma situacion que el caballo de Meloir. En toda la extension de las playas, pero sobre todo en las inmediaciones de las corrientes de agua, en donde se encuentran los remolinos de arena movediza, la inmovilidad es muy peligrosa.

La arena cede bajo los piés, el agua subterránea sube por efecto de la presion, y el caminante se hunde con lentitud.

Nada puede dar una idea de la sustancia movediza y blanda que hay en los arenales.

La superficie presenta una resistencia bastante grande con tal que la presion sea instantánea y rápida.

Nuestro barro terrestre, los cuerpos grasientos, todas las

cosas que conocemos y que ocupan el término medio entre las materias sólidas y las líquidas, tienen un carácter comun: el de que el pié se hunde allí en el instante mismo en que se coloca sobre ellas.

En los arenales no. Apenas se hunde el pié en el primer momento.

Levanta una especie de franja arenosa, y comparativamente seca; mientras que en el sitio mismo en que se verifica la presion, sube el agua y sustituye á la arena.

Si la planta del pié abandona con ligereza el terreno, como se verifica en una marcha precipitada, se vé que la huella, poco profunda, forma un charquillo que se borra muy luego, porque la arena recobra fácilmente su nivel.

Pero si el pié se queda allí, se hunde indefinidamente y mas de prisa, á medida que la inmersion se verifica.

Se dice que un hombre tarda lo menos un cuarto de hora en desaparecer enteramente en aquellos remolinos de arena movediza.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
A. ALFONSINA
N. 11

V.

En donde maese Vicente Gueffes se ve obligado á creer en la existencia de la Hada de las Playas.

¡Tardar un cuarto de hora en desaparecer!

¡De seguro es difícil imaginar una agonía mas terrible!

Cuando las piernas están sujetas á cierta altura, los esfuerzos del hombre mas robusto son vanos, y no sirven mas que para apresurar la inmersion completa.

¡El cuerpo abre su agujero lentamente!.... ¡lentamente!

La arena va subiendo, aprisionando, moldeando, por decirlo así, cada pliegue de la carne, las piernas, el cuerpo, la cabeza.

Tambien se dice, porque hay mucho *se dice* en aquellas costas, que bastaria extender los dos brazos en forma de cruz para contener la inmersion á la altura de los sobacos. Pero luego llega el mar, y medio pié de agua vá á ahogar á aquella pobre cabeza que aun respira encima de las arenas....

Aquel ruido que habia detenido en su marcha al caballero Meloir, lo oyeron los fugitivos lo mismo que él.